SAYNETE,

INTITULADO

EL MANIÁTICO:

REPRESENTADO EN LOS TEATROS DE ESTA CORTE:

PARA OCHO PERSONAS.



CON LICENCIA

EN MADRID AÑO DE 1792.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima.

SAYNETE.

EL MANIATICO.

PERSONAS:

Doña Narcisa.
Pepita.
Doña Rosa.
Don Anselmo.
Anselmito.
Un Maestro.
Don Diego.
Antoñuelo.

Sala con sillas, y un bufete cubierto: salen Doña Narcisa, y Pepita con luces, como registrando.

Narc. Lo que toca á las paredes
no hallo ningun rompimiento.
Pepita. Tampoco descubro yo
señal alguna en el suelo,
que muestre por dónde intentan
la entrada en el aposento.
Narc. Pues ya es la hora que decia,
sobre poco mas ó ménos.
Pepita. A ver; sáque usté el papel,
para que nos enteremos
otra vez.
Narc. Quantas le saco
me admiro, Pepa, de nuevo,
que haya llegado á mis ojos,
burlando los agoreros
tan terribles de mi padre.
Pepita. A la que tiene maestros
de habilidades, jamas
le pueden faltar correos.
Narc. Tambien suelen descubrir
muchas veces los secretos.
Pepita. De nuestro Don Pasqualito
no tengais ese rezelo;
que aunque es Maestro de danzar,
tiene juicio, y es discreto;
que á veces naturaleza
suele hacer prodigios de estos:
demas, que si lo contara,
se perdia él á sí mesmo,
y perdia tres mil reales
que le ha ofrecido Don Diego.
Narc. Calla, calla, que parece
que oigo ruido.
Dentro golpes.
Pepita. Es el deseo,
que da golpes en el alma,
y despierta los deseos.
Lee Narcisa.
Narc. ,, Mi bien: Serafin, y yo,
,, por fin hemos descubierto
,, que la cueva de mi casa
,, se extiende hasta el pavimento

,, del quarto de tu prision:
,, y por tanto, hemos resuelto
,, ir labrando poco á poco
,, una rotura en el techo
,, de la cueva, para entrar
,, á sacarte de ahí, supuesto
,, que mi Señora y tu madre
,, conviene en el casamiento.

Golpes.

Rep. Ahora sí que se oyen golpes.
Pepita. ¿Sabe usted lo que me temo?
Narc. ¿Qué?
Pepita. Que ha de perder el lance
y la traza por defecto
de fuerzas. Estos que se
mantienen con caramelos,
en llegando una ocasion,
en que es preciso el esfuerzo,
si no meten oficiales,
no hacen cosa de provecho.
Narc. Volvamos á ver si acaso

Registran.

se halla señal.
Pepita. Con efecto,
en estos ladrillos hay
señal de algun movimiento.
¡Qué vanidad para mí
será pegársela al viejo
maniático!
Narc. De que todos
lo conozcan me avergüenzo.
Pepita. ¡Se puede dar tal capricho
como hacer un voto expreso
de no casar á su hija
hasta acertar con un terno
de la Lotería, un hombre
que tiene bienes y yernos
de sobra!
Narc. Lo peor es
el que me niegue el comercio
con mi madre, porque dice
que me ama con el extremo
que su merced me aborrece;
y con tres puertas por medio
aquí me tenga encerrada,
siendo el Alcayde mi necio
hermano.
Pepita. ¡Qué Señorito
tan agradable y tan bello!
Narc. Con las alas de mi padre
cada dia es mas jumento.
Pepita. ¡Y que mi amo, que en todo
respeta por su mal genio
y soberbia á su muger,
se mantenga fuerte en esto!
Narc. ¿Qué quieres? desgracia es mia.

Golpes.

¡Jesus qué golpe!
Pepita. Esto es hecho.
Narc. ¿Si será Don Diego, Pepa?
yo estoy temblando de miedo.
Pepita. Y yo de risa, Señora.

Se desploma un escotillon, y suben por escalera Antoñuelo, y Don Diego.

Antoñ. Buenas noches, Caballeros:
acá estamos todos, Pepa.
Diego. Al cabo de un mes, ¿es tiempo
de verte, Narcisa mia?
Narc. ¡Y ahora con quanto riesgo!
Antoñ. No hay alguno: hemos subido
de cabeza; y tambien creo
que por alguna ventana
de cabeza baxarémos.
Diego. Dexa el susto, dueño mio;
que el temor debe ser ménos,
aunque nos halle tu padre.

Narc.

Narc. Por qué?
Diego. Cosas del ingenio
de este tronera.
Antoñ. No son
sino de vuestro dinero:
él introduxo el papel;
él seduxo al Carpintero,
y á los Albañiles, para
hacer la puerta en el techo
de la cueva: solo el vino
que han bebido es lo que siento;
que se han volado catorce
botellas de vino añejo
de Málaga, que tenias.
Diego. ¿Y qué importa todo eso?
¿no te quedan aun bastantes?
Antoñ. Eh, tal qual, hay mas de ciento.
Diego. ¿Qué te sobresalta?
Narc. ¿Es poco
motivo de mis rezelos,
si mi padre, si mi hermano:::
Pepita. Que entren por donde saliéron;
poner esta alfombra encima,
y disimular.
Diego. Viniendo
tú conmigo, donde tengas
decente y seguro puerto,
¿qué riesgo queda?
Antoñ. El de estotra;
porque yo no me la llevo.
Pepita. Ni yo me fuera contigo.
Antoñ. ¿Y con otro?
Pepita. ¿Qué sabemos?
Antoñ. No lo dudes; que sé yo
que te irias al momento.
Pepita. ¿En qué lo fundas?
Antoñ. En que es
muy aplicado tu genio;
y aquí no tienes labor
para entretener el tiempo.
Diego. Calla. Tú, mi bien, ¿no sabes
que estará ya mas contento,
y de otra idea tu padre?
Narc. ¿Por qué?
Diego. Porque sacó el terno
que él queria.
Narc. ¿De qué modo?
Antoñ. A mí me toca ese cuento.
Como el no casar á usted
estribaba solo en eso,
y el tal Señor tiene mas
de bobo, que yo de bueno;
me disfracé de Gitano,
y saliéndole al encuentro,
una tarde, que se fué
al solitario paseo
que acostumbra, le embestí;
y con mucho manoteo,
y la cabeza torcida,
llegué y dixe::: Cabayero,
¿qué cara aflegia ez eza?
vamoz, enzanche eze pecho;
que la zabia Aztrología
para todo da remedio.
Replicó::: pues que le dé
para adivinar un terno
de Lotería. No hay coza
maz fácil: ¿quiere uzted verlo?
le dixe. Y él respondió:
el no verle es lo que siento.
Puez le verá, dixe entónces:
y sacando un libro viejo,
que llevaba prevenido,
de Matemática en Griego:::
¿tú no le entiendes?
Pepita. Yo no.

Antoñ. Ni yo tampoco le entiendo.
Le dixe::: tome eze libro;
deme zeis números de ezoz,
que yo loz combinaré
á mi modo acá en zecreto,
de forma que ze conziga
la coza, pues zolo ezto
ez menezter, y que uzted
bien retirado y atento
léa un quartito de hora
cada dia hazta entenderlo,
y conocer de ezaz líneaz
y ezaz letraz el mizterio;
que aunque eztá duro el principio,
á la poztre eztará tierno;
y entónicez no hay maz que echar,
y recoger el dinero.
Entre dudas y temores
desde allí le llevé á un puesto;
le hice gastar cinco reales;
aseguréle el rescuentro,
diciéndole que quedaba
de mi cuenta todo el resto,
como no se descuidase
en leer: y con efecto,
á la mañana siguiente
del Sábado del sorteo,
le busqué en el mismo trage,
y le entregué en un talego,
con sigilo y mil fachendas,
los catorce mil trescientos
y treinta reales, que importa
con los tres ambos el terno.
Me queria regalar;
y yo le dixe muy serio:::
ya me lo pagará uzted
de aquí á un mez, y no en dinero.
Quedó, aunque alegre, confuso;
y yo me vine corriendo
á proseguir el trabajo,
por las albricias que espero.
Pepita. ¿Pilló? ya no hay que temerle.
Diego. Sin embargo, no sabemos
si tendrá ya prevenido
para Narcisa otro dueño.
Pepita. Preciso ha de repugnar
el dársela á usted, sabiendo
que es el vecino, por quien
no hay en la casa agujero
que no haya cerrado.
Dentro Anselmito.
Anselmito. Padre, padre,
que quiere el Maestro
darme azotes.
Dentro el Maestro.
Maest. Ipso facto
Magister vapulat pueros.
Sale Anselmito como niño estudiante, con un arte en la mano, y el Maestro con palmeta y disciplinas.
Anselmito. ¡Ah, Domine! parce mihi.
Hermana::: ¿ Pero qué es esto?
Sale el Maestro.
Maest. Puer, qui nescit lectionem,
probet autem et timebunt
partes posteriores. ¡Ola!
¿encerrados en un mesmo
redil ovejas, y lobos?
Antoñ. Tú lo serás, y tu abuelo.
Diego. Mas que de lobos, amigo,
nos preciamos de corderos;
y ved aquí el vellon de oro.
Un bolsillo.
Anselmito. ¡Ah, Domine!
Maest. Vade retro.
Anselmito. Accipiamus.

Maest. Tace, tace.
Pepita. Pues vamos hablando quedo.
Maest. Soy hombre de integridad.
Anselmito. Integrus, integra, integrum.
Maest. Es necesario avisar
al instante á Don Anselmo
de este pretendido rapto.
Pepita. ¿Pues acaso él os ha hecho
nuestro Preceptor?
Maestro. De toda
la familia debe serlo
el que lo es del mayorazgo.
Anselmito. Sí Señor. Ipse sum ego:
por pasiva; ego sum ipse.
Pepita. Si yo no le colobeo, *Ap.*
esto va perdido. Vaya,
ya sabe usted que le quiero.
Maest. Fugite. A mí no me vencen
las carocas, ni el dinero.
Antoñ. Pues no le vencerá á usted
un esquadron de Tudescos.
Narc. ¡Ay de mí! mi padre viene.
Diego. Pues que no hay otro remedio,
vayan á la cueva.

Los embocan por el escotillon.

Antoñ. Vayan.
Maest. ¡Ay!
Anselmito. ¡Ay! ¡ay!
Antoñ. Allá va eso.
Diego. Echa tú la alfombra encima;
que yo me avendré con ellos
allá abaxo. *Báxase.*
Antoñ. Aguarda, Pepa,
déxame entrar.
Pepita. Ya no hay tiempo.
Antoñ. ¡Pobre de mí!
Pepita. Entra debaxo
de esa mesa, que te harémos
espaldas.
Antoñ. Sobre las mias
vendrá á caer todo esto.

Pónese debaxo la mesa. Salen Doña Rosa, y Don Anselmo, como aturdido.

Rosa. Hombre, ¿qué tienes, que andas
atolondrado?
Anselm. Yo tengo:::
¡ay muger, yo estoy perdido!
Rosa. ¿Qué pena, qué sentimiento
te aflige? toda la casa
andas sin tino corriendo.
Preciso ha de ser atarte,
y remitirte á Toledo,
si esto prosigue.
Anselm. ¡Ay, muger!
Rosa. ¿Qué tienes?
Anselm. Poco sosiego.
Rosa. ¿Qué te duele?
Ansel. Nada, y todo.
Rosa. Pues muérete, y que sea presto.
Anselm. ¿Adónde está mi Anselmito?
porque me llamaba creo
llorando: ¿Quién le ha hecho mal?
Rosa. Solo ese niño tan tierno
merece tu agrado en casa;
y tu cariño y tu exemplo
van sacando buena cria.
No hay muchacho mas jumento,
ni mas infame, en Madrid.
Ansel. Pepa, búscale corriendo.
¡Ay, hijo del alma mia!
Pepita. Voy allá.
Narc. Pepa, yo tiemblo.
Anselm. Y tú vete enhoramala;
que de verte me enfurezco.
Narc. Paciencia. *Vase.*

Pepita. Esta tempestad
nos coge cerca del puerto. *Vase.*
Rosa. ¿ Por qué riñes á tu hija?
Anselmo. ¿Mi hija? en verdad que tengo
mi duda en la propiedad.
Que me la ha trocado temo
el ama : y trueque ó no trueque,
finalmente la aborrezco.
Rosa. ¡ Qué capricho!
Anselmo. Peor capricho
es que yo estoy al extremo
de desesperarme.
Rosa. Hombre,
¿no me dirás á lo ménos
los motivos?
Anselmo. Finalmente,
ya logré sacar un terno
de diez mil con sus tres ambos.
¡ Pero, ay amiga, á qué precio!
Rosa. ¿ Le has sacado?
Anselmo. Sí, hija mia.
Rosa. ¡ Ay, hijo, quánto me alegro!
no me engañes.
Anselmo. Te lo juro.
Rosa. Pues si te enfadas por eso;
piensa que no le sacaste,
y entrégame á mí el dinero.
Anselmo. Mas, yo hice una mala hacienda
sin saber lo que me he hecho.
Rosa. ¿De qué modo?
Anselmo. Ya es preciso
que lo sepas : toma asiento;
y dame alivio, Marica,
en mis dias postrimeros.
Rosa. Vamos, dí.
Anselmo. Yo hallé una tarde
á un buen hombre en el paseo,
que parecia Gitano;
y me dixo, que leyendo
en un libro que me dió,
conseguiria el intento
de vencer la Lotería,
y ganaria los juegos
que quisiera : yo he ganado:
mira parte del dinero.
Un bolsill .
Rosa. A ver. El verte á tí triste
Se le coge y guarda.
es solo lo que yo siento.
Anselmo. Ya se conoce.
Rosa. ¿ Con que
á Narcisa casarémos
pronto?
Anselmo. Para boda estamos.
¿ Crees que aquí no hay misterio?
Rosa. ¿ Qué misterio puede haber?
Anselmo. Que sin duda este es enredo
del diablo. Y, querida mia,
si todo quieres saberlo,
yo le he visto aquesta noche.
Rosa. ¿Y qué te dixo de bueno?
Anselmo. ¿Y te ries? ¡pues el caso
es para reir por cierto!
Rosa. ¡ Tú has visto al diablo!
Anselmo. Y ahora
me parece que le veo.
Rosa. ¿ Y en qué figura le viste?
Anselmo. En la del Gitano mesmo
que me dió el libro y me dixo
al entregarme el talego:::
ya me lo pagarás todo
de aquí á un mes, y no en dinero.
Y esta noche, me añadió,
que yo le ofrecí, leyendo,
irme con él; y que así,
por mí vendria á su tiempo.

Rosa. Pues buen viage; hazte allá;
Desviándose.
que volverte á ver no quiero.
Anselmo. Muger::: *Síguela.*
Rosa. Vete con el diablo.
Anselmo. Si yo aquel libro no entiendo,
ni yo lo hacia por mal,
sino por tener dinero.
Rosa. Pues, hijo mio, es preciso
reducir el daño á ménos,
y te apliques á leer
para asegurar un terno
siquiera de dos millones
de reales, sin el aumento,
ántes que el diablo:::
Anselmo. ¿Me lleve
á mí, para enriqueceros?
á mi muger, y mi hija,
dos personas, que detesto
con todo mi corazon.
Rosa. Dí lo que quieras; que presto
el diablo nos vengará.
Anselmo. Yo no sé lo que me pesco.
Perdóname.
Rosa. Si estás loco:
sin duda ha sido algun sueño
de esta noche, que has roncado
mas que una vara de cerdos.
Anselmo. ¿Un sueño? Dios te lo pague.
Pero haber sacado un terno:::
Rosa. ¿No sacan otros? ¿y tú
no juegas con el intento
de sacar tarde, ó temprano?
Anselmo. Dígote que me convenzo.
Sale Pepita.
Pepita. Señor:::
Anselmo. ¿Y el niño?
Pepita. Señor:::
Anselmo. ¿Dónde está?
Pepita. Señor:::
Anselmo. ¡Torreznos!
Pepita. Ni al Ayo, ni al Señorito,
en toda la casa encuentro.
Anselmo. ¿Qué dices? toma las llaves,
y ve á buscarle corriendo
por toda la casa. El diablo
sin duda cargó con ellos
en prendas. ¡Pobre de mí!
Don Emerenciano::: Anselmo:::
Dentro el Maestro.
Maest. Señor:::
Rosa. ¿De adónde respondiéron?
Dentro Anselmito.
Anselmito. Acá abaxo estamos presos.
Anselmo. ¿Qué tal?
Rosa. Pues esto no es chanza.
Le quita las llaves.
Pepita. En todo caso escapemos.
Anselmo. Aguarda.
Rosa. Voy á buscar
gente. *Vase.*
Pepita. ¡Jesus cómo tiemblo! *Vase.*
Antoñ. Entre tanta confusion,
veamos si salir puedo.
Anselmo. ¡Pero quién está debaxo
de la mesa! ¡ola! ¿qué es esto?
¿hombre, quién eres?
Sale Antoñuelo.
Antoñ. El diablo.
Anselmo. ¡Ay!
Antoñ. Si te mueves del puesto,
hoy le pongo á mi candil
por torcida tu pescuezo.
Vamos callando, pues ves
que estoy de paz, y pudiendo
venir en forma de mico,

de serpiente, de camello,
de acreedor, de Alguacil,
ú otro monstruo con aspecto
terrible, como Lacayo
vine de diablo casero.

Anselmo. ¡Ay! que en qualquiera figura
fuerza es tenerte respeto.

Antoñ. Vaya, desecha el temor,
que ahora por tí no vengo;
pero vendré al fin del mes.

Anselmo. ¡Fuerte cosa es, que leyendo
allí, se sujete al diablo!

Antoñ. ¿Con todo no estás contento?
quando tantos se sujetan,
y dan encima dinero,
¿qué tienes que desear?

Anselmo. Ya para mí no hay consuelo:
tened piedad.

Antoñ. ¿Tú te burlas?
¿yo piedad? ¿Dónde la tengo?

Anselmo. A lo ménos de mi hijo:::

Antoñ. ¡Oh, amigo! á ese caballero,
hasta que venga por tí,
jamas le verás el pelo.

Anselmo. ¿Qué no te puede mover
mi llanto?

Antoñ. Solo hay un medio.

Anselmo. ¿Y quál es?

Antoñ. Que en su lugar
me entregues otro sujeto.

Anselmo. Mi muger, cargad con ella,
que con el alma os la cedo.

Antoñ. No lo dudo: pero, amigo,
son ya tantas las que tengo,
que no sé qué hacer con ellas:
y ahora, que bien me acuerdo,
ya me la has dado otras veces,
y no la he querido.

Anselmo. En eso
se verá qué tal es ella.
¿Pues á quién elegirémos
que os guste? Por mi desgracia
no tengo suegra, ni suegro;
porque toda se reduce
mi familia, y herederos,
á mi hijo, y mi hija.

Antoñ. En quanto á la hija, verémos.

Anselmo. Pero dar una hija al diablo:::

Antoñ. ¿A qué viene aquí ese pero?
los diablos lo saben todo;
y sé tus remordimientos;
y aciertas, porque tu hija
se murió, y despues te diéron
esa á tragar.

Anselmo. De esa suerte,
que te la lleves consiento:
si mi hija no es mi hija,
mas que se vaya al Infierno.

Antoñ. ¿Y ella se vendrá conmigo
sin repugnancia?

Anselmo. En sabiendo
que sois diablo, es imposible;
y como Lacayo, ménos.

Antoñ. Bien; mudaré de figura.

Anselmo. Haréis bien; que sois tan feo,
que nadie puede dudar
que sois el demonio al veros.

Antoñ. ¿Te parece bien que tome
la figura de Don Diego
tu vecino?

Anselmo. Es la mejor;
que ella le quiere en extremo,
y se irá con vos.

Antoñ. Pues ponte
en la cara algun pañuelo.

Anselmo. ¿Para qué?

Antoñ.

Antoñ. Para no verme;
porque son tantos los gestos
que hago al mudar de figura,
que te quedaras ahí muerto,
si los vieras.
Anselmo. En buen hora. *Pónsele.*
Digo; ¿y soltais algun trueno?
Antoñ. No temas. Señor, arriba.
Quita la alfombra, y sube Don Diego.
¿Oiste?
Diego. Ya estoy impuesto.
El Sopista, y el muchacho
estan ahí como dos cueros:
ten cuidado que no suban.
Antoñ. Yo los soltaré á su tiempo.
Baxa.
Anselmo. ¿Qué hay mas diablos?
Descúbrese.
Diego. Solo estoy.
Anselmo. Ahora sí que venis bueno.
Diego. Pues dadme la niña.
Anselmo. Dadme
vos á mi niño primero;
que segun dicen las gentes,
el diablo es muy embustero.
Diego. No mienten poco los hombres.
Agarremos, y agarremos.
Anselmo. Narcisita, ven acá.
Diego. Espíritus compañeros,
que me ois, soltad al punto
al Discípulo y Maestro.
Suben el Maestro, y Anselmito borrachos.
Anselmo. ¿Si subirán muy ahumados?
¡amigo! ¡querido Anselmo!
no me responden palabra.
Diego. ¿El escapar del Infierno
os parece que es un gusto
que dexa libre el resuello?
Anselmito. Vinum letificat cor.
Maestro. ¡Oh quam facilis descensus
averni!
Anselmo. Hablan en latin.
Maestro. Venga á dar leccion.
Anselmito. Concedo.
Maest. ¿Por dónde va vinum vini?
Anselmito. Por musa musæ.
Maest. Es incierto;
que va por sermo sermonis.
Anselmo. Estos hombres suben lelos.
Muger, aquí está el vecino.
Salen Doña Rosa, Narcisa y Pepita.
Diego Señora:::
Rosa. De todo vengo *Ap.*
advertida; no temais.
Anselmo. Que se casen he resuelto
Narcisa y él al instante.
¿Quieres tú?
Narc. Yo desde luego:
por obedecer á usted,
¿qué no hiciera mi respeto?
Anselmo. Pero la fiesta será
en su casa.
Pepita. Yo consiento
que se la lleve.
Diego. A mas ver.
Anselmo. No os canseis jamas en eso.
Rosa. ¿Sin desposarse la entregas?
Anselm. ¿Tú juzgas que éste es D. Diego?
Aparte.
Rosa. ¿Pues quién puede ser?
Anselmo. El diablo,
que la quiere; y hemos hecho
cambalache entre los dos,
de modo que libre quedo.
Rosa. ¡Qué loco que estás, marido!

Su-

Suben Antoñuelo, dos Albañiles, y un Carpintero, y dos mugeres.

Antoñ. Lugar al Diablo Cojuelo,
que quiere hacer á la boda
con sus gentes un festejo.
Anselmo. Yo no quiero con los diablos
ni mas fiestas, ni mas pleytos.
Rosa. Hombre, sal de esa locura;
que te burlan.
Anselmo. ¿Pues qué es esto?
Diego. Deber á un ardid las dichas,
que á la razon no merezco.
Anselmo. ¿Y tú quién eres, traidor?
Pepita. Un serafin.
Anselmo. Del Infierno.
Antoñ. El Lacayo de mi amo,
que os dió el libro y el talego;
y estos son los Albañiles,
y el amigo Carpintero,
que abriéron esta tramoya
para entrar hasta aquí dentro;
y estas son nuestras vecinas.
Diego. Luego informarle podemos.
Anselmo. Yo no quiero saber mas
de que salgo de aquel miedo
que concebí; y en albricias,
todo lo perdono. ¿Y estos?
Antoñ. Con el vino de la cueva
se calentáron los sesos.
Pepita. Pues vamos á divertirnos:
y miéntras con mas esmero
festejamos este chasco:::
Todos. Tenga fin el intermedio.

F I N.